

AZUL

Noche previa a mi paso por el quirófano, sinónimo de operación. Sin más transición que la de los segundos, minutos y horas, un azul nervioso, añil, y opaco recorre mi cuerpo desvelando a mis ojos; Éstos decaídos por esta cercana intervención se tiñen de transparencia e imaginación, sin dar descanso a un suave pero inquietante parpadeo y temblor.

Sumergido en el silencio de la noche como los peces en las profundidades del océano azul, así permanezco en la oscuridad de mi habitación, pintada con las pestañas entrelazadas de mis párpados cerrados.

Un gélido e inagotable temblor hace estragos en mi interior y eriza cada vello de mi piel, un incesante escalofrío distancia las paredes de la inquietud y la relajación de mi mente; no concilio el sueño pese a intentarlo una y otra vez.

Una vez más, en este momento de incertidumbre, se ha adueñado de mí, el desliz de la tinta azul por el papel, limpio y a la vez áspero como si se tratase del mismo tronco del árbol talado y laminado sin pulir.

Es tan involuntario este pensamiento que me invade, que ni encuentro el sentido a la palabra "intervención", en horas previas, horas de amargo sabor.

Despierto, con mi mente deambulando en medio de la noche, desvelado, sin más luz que la que no existe, mi pensamiento vaga despierto en mi cabeza, mientras fuera el azul oscuro de la noche invade el cielo, difuminado entre la luz de las estrellas, y en las calles de mi pequeño pueblo, el reflejo de la luna acompañado de la amarillenta luz de las farolas hace mella en mis pupilas creando la imagen fría y espantosa de mi cuerpo tendido bocarriba en la camilla de la sala de quirófano del hospital.

Mis pupilas navegan a la deriva esperando que se acerque la orilla de luz del amanecer entre tanta oscuridad, con deseos casi indescriptibles de vislumbrar unos cálidos rayos de sol, que cubran de tranquilidad celeste a este 8 de Octubre, horas previas a mi operación.

El tiempo atmosférico y la inercia, secuestran las ansias de mis pupilas y me ofrecen un día de nubes grises; gotas frías se pasean y deslizan por las calles de Sevilla y la carrocería de los vehículos; No se ve ningún paraguas cobijando a viandantes, que permanecen embutidos en sus coches amontonados en los semáforos, hora temprana y día triste para "andar" por la capital de Andalucía.

Las gotas caen lentas, parsimoniosas, como con ánimos de inundar de tranquilidad el nervio acelerado que traquetea en mi interior.

Anestesia, sueño... se tambalea mi despertar...

Sumergido ya en días de recuperación, noto como todo el colorido del paisaje se tiñe de monotonía, de un azul intenso, oscuro, malhumorado que me secuestra durante dos semanas interminables, dos semanas que intentaré omitir en mi biografía.